



Cuál es el agente
secreto de una serie

José Homero

De las series

Serie, en matemáticas, es la suma de una sucesión de términos. Su finitud o infinitud depende de las características de los términos de la concatenación. Un rasgo de las series infinitas es requerir de un análisis que permita descubrir ese comportamiento impredecible e indeterminado. Si extrapolamos el concepto a la vida cotidiana, como ocurre en las altas matemáticas, establecer patrones en los acontecimientos o considerar a los sujetos, los objetos, los eventos y sus relaciones como elementos n de una serie, requeriría en primer término ubicar esas unidades que sustentarían la serie. Sólo mediante la regularidad se advierte una secuencia en vez de un despliegue de acontecimientos. El establecimiento de una serie tiene mucho de pesquisa, de acción detectivesca.

El camino de Ida (Anagrama, 2013), la última novela de Ricardo Piglia, se presenta como un proceso, el planteamiento para resolver un problema a través de ubicar el rasgo que vincule una serie de hechos, inicialmente aislados, alrededor de la muerte de Ida Brown, académica con quien Emilio Renzi, personaje central en el universo de Piglia, conoce durante su estancia en una universidad del este norteamericano.

De los límites y los marcos

Toda existencia, la existencia toda, puede proponerse parte de una serie. La complejidad o dificultad estriba en definir o localizar los elementos sumatorios. No sólo cuál es la serie sino por qué existe, cuál es el criterio para considerar a un evento término y no casualidad.

Decidido a esclarecer si la muerte de Ida fue accidental, suicidio o consecuencia de un atentado, Renzi emprende una pequeña investigación filosófica. Descubre que el suceso en apariencia insólito comparte similitudes con otros accidentes fatales en los cuales perecieron figuras de la academia y la ciencia norteamericanas.

Si en su primera mitad la novela describe el mundo académico, a sus entretejas y pasiones, a partir del asesinato toma la senda policial al tiempo que analiza la sociedad contemporánea, el camino de la pasión en sus dos vertientes: la erótica

y la política. Con ello, lo que parecía la crónica dimanada de una experiencia real del escritor Piglia transformada por su doble literario se convierte en una propuesta de la lectura como una forma de escribir la vida, hipótesis que rige ya *El último lector*, donde el Che Guevara se modela como el último romántico quien busca transformar el mundo como una práctica subversiva de lectura.

Si en principio podríamos asumir que todo suceso es evento y por tanto irreductible a la repetición, poco a poco comprendemos la mistificación intrínseca. Lo que denominamos suceso único es sólo confesión de impericia: aún no hemos detectado el algoritmo que lo convierta en elemento n de una serie. Con un tiempo y un espacio ilimitados seríamos capaces de resolver enigmas. O problemas. En *Prisión perpetua* el narrador reflexiona sobre Pierre Fermat, autor no de *El Quijote*, sino de una oscura anotación en el margen de un libro del matemático griego Diophante (una mañana de 1738), donde conjetura un teorema perfecto cuya resolución no anota consignando, en cambio: “He encontrado una demostración realmente maravillosa, pero este margen es demasiado pequeño para escribirlo”. Esa ausencia, esa operación soslayada, desveló e intrigó a matemáticos, lógicos y físicos. Tras tentativas centenarias por resolver el enigma, Gabor planteó que el problema era la respuesta. Fermat, anticipándose a Godel, habría encontrado y anotado una teoría del margen, del marco cerrado y de la imposibilidad de encontrar una respuesta dentro de un conjunto. Dicho de otra manera, nuestra dificultad para percibir patrones o leer adecuadamente es por falta de información y de extensión. Sólo rebasando el marco, disolviendo niveles o jerarquías —como en ciertos cuadros de Magritte, digamos— es posible resolver teoremas.

En la novela la dificultad de resolver una paradoja se plantea con la proposición “En este momento no hay un gato en la habitación”. Munk se rehúsa a aceptar dicha descripción. Confrontado por el viejo catedrático de la filosofía, quien burlescamente busca el gato por

todo el aula, incluidos los rincones y debajo de cada uno de los pupitres, Munk responde “eso sólo demostraba que la presencia de un gato no era verificable por la experiencia en uno de los mundos posibles (pero no en todos).” Es decir, como en la resolución del teorema de Fermat, se requiere, para encontrar una respuesta satisfactoria a ciertas paradojas, de un marco, de un espacio mayor. En este caso, Munk apela a la teoría de los mundos posibles de Leibniz. Así, “la posibilidad de que exista un gato invisible en esta sala depende de la realidad que estamos presuponiendo”. Podríamos decir entonces que no sólo la serialidad, sino la cuestión sobre los marcos y referencias son el centro de la consideración matemática que rige esta novela y otras de Piglia —*Blanco nocturno*, para el caso—.

La vida como segmento, la serie como vida

Los crímenes, los atentados, que propician o conducen a la muerte de Ida conforman una serie. Por tanto, el responsable es un asesino serial. Tras el método se encuentra un destacado matemático cuyos estudios exploran las peculiaridades de las series y cómo éstas pueden servir para dirimir dilemas y confusiones de la vida cotidiana. La serie como una manera de abolir el azar o nueva manifestación de la aporía, pues, ¿no acaso en cuanto establezcamos que cierto acontecimiento es parte de una serie habrá que delimitar cómo fue posible establecer ese concepto y cuál es el algoritmo, el patrón que lo sostiene? Más aún si toda serie regida por la indeterminación es infinita, ¿cómo será posible detectar ese patrón? La serie es el hilo de Ariadna para orientarse en el laberinto que representan las posibilidades. El camino de Ida es de este modo, con sus diversas direcciones y líneas de puntos suspensivos, en verdad un laberinto —no es casual tampoco la mención a Borges y a los laberintos al comienzo de la trama—. O más que un laberinto, un camino sin direcciones, siguiendo ya también el *path*, el sendero que se bifurca continuamente sobre sí mismo, anillo de Moebius en el cual la continuidad se da únicamente entre caras exteriores.

El narrador, Renzi, a quien ya en anteriores ocasiones notamos interesado en las matemáticas —*Prisión perpetua*, *Blanco nocturno*— es tan consciente de ese efecto, de esta investigación decisiva como base y principio de su novela, que desde el *incipit* establece la serialidad como conducto: toda vida puede ser considerada no como una unidad sino como una sucesión serial. De modo que en toda existencia hay una baraja de posibilidades. Algunos le llaman *continuum*, el narrador prefiere la serie.

En aquel tiempo vivía varias vidas, me movía en secuencias autónomas: la serie de los amigos, del amor, del alcohol, de la política, de los perros, de los bares, de las caminatas nocturnas.

Más adelante, cuando se encuentre con Ida, la describirá de forma semejante:

Nos encontrábamos en los corredores y hablábamos de cualquier cosa, sin cambiar miradas ni señas cómplices. Ella también parecía vivir en series aisladas, con amigos, colegas, amantes, alumnos, conocidos de la profesión, y cada uno de esos espacios no estaba contaminado por los demás.

Esta visión dimanada del cálculo diferencial en la mejor tradición de empirismo trascendental del Gilles Deleuze de *Diferencia y repetición* y *Lógica del sentido*, la comparte Thomas Monk, el matemático terrorista, quien considera a los conceptos como “objetos reales” y no como manifestaciones del pensamiento.¹

Del lector terrorista

Compleja en su estructura, en sus ambiciones, *El camino de Ida* se construye como el gran acto de la lectura como creación. Ciertas novelas de David Lodge se plantean como una especie de homenaje y a la vez como relato alegórico de la investigación que emprende el personaje, a menudo de profesión académica. Esta novela de Piglia es un homenaje, una crítica y una deconstrucción de la gran novela de Joseph Conrad, *El agente secreto*, pieza clave para comprender la complejidad del mundo moderno, que gracias a la lectura mediante la noción de serie y las reflexiones sobre la ética del terror como manera de destruir al capitalismo, deviene también una obra fundamental para entender el mundo contemporáneo de la alienación y el terror. De una manera muy distinta, pero semejante, Monk termina convertido en Pierre Menard, autor no de *El Quijote*, sino de *El agente secreto* y sus actos la escritura mediante la cual se manifiesta una genialidad difícil de decidir si correcta o perversa. ■■

¹ Aquí cabría preguntarse: ¿a qué tradición pertenece Monk dentro de la filosofía? Le encantan las paradojas pero no es un estoico, ¿es acaso un nominalista?, ¿un neokantiano?